

Palabras Fieles.

Por
Javier Barajas Jiménez.

Cada vez que leo las Escrituras encuentro pasajes que me emocionan, y muchos de ellos me maravillan especialmente por la manera en que han sido redactados; el modo en que los escritores de la Palabra de Dios dicen las cosas les pone a las palabras un atavío de fuerza que luego inunda nuestro corazón. La Biblia es el libro que nos produce fe, si buscara una manera de definirlo esa sería la que definiría exactamente parte de su esencia. El libro de Revelación contiene un pasaje que a mi modo de verlo sirve para afirmar nuestra esperanza.

Los primeros lectores de Apocalipsis cuando recibieron este libro sin duda escucharon atentamente su mensaje, debieron haberlo oído todo de una vez, ya puedo imaginarme lo que hubiera pasado si el que lee (Ap. 1:3) se hubiera detenido y les despidiera para volver a leerlo la semana entrante, ¿quién se iría tranquilo a su casa? ¿Cuántos clamarían por seguir escuchando? No sé en realidad qué pasó, sólo cuento con mi imaginación la cual es limitada, pero de algo estoy seguro: lo que escucharon sirvió para aumentarles la fe, la esperanza y el valor para lo que se avecinaba. Ahora me propongo comentar un pasaje que debió reunir todas las cualidades antes descritas, el cual aun en nuestros días me maravilla y sé que también lo hará a aquellos que albergan la misma esperanza que tengo yo.

Será necesario comentar algunas cosas que servirán como introducción para el pasaje con el que deseo cerrar este escrito, las cuales nos ponen en contexto y nos permiten entender la fuerza de tal declaración. Yo creo en las palabras de Apocalipsis pero el que yo no lo hiciera, no le restaría importancia ni mucho menos valor a lo que Dios ha prometido.

EL TRONO.

La primera vez que se habla del trono es en el capítulo uno, allí en el versículo cuatro simplemente sirve para identificar a los siete espíritus: *«y de los siete espíritus que están delante de su trono»*, el trono pertenece, según se nos dice en el mismo verso, *«al que es y que era y que ha de venir»*, en otras palabras, se trata de Dios. La siguiente ocasión en que se habla de tal trono con más detalle, podemos leerla precisamente en el capítulo cuatro. Por la narración de Juan sabemos que el trono se encuentra en el cielo (Ap. 4:2), además de que en el trono está sentado uno que su aspecto es descrito por medio de piedras preciosas (v. 3). La majestad que le rodea no puede ser sobrepasada por nada que haya en este mundo, y la alabanza que se le dirige es maravillosa (Ap. 4:8-11).

¿De qué es capaz el que se encuentra sentado en el trono? ¿Cuánto es su poder? El pasaje dice que es ilimitado: Todopoderoso. Las acciones de gracias con las que irrumpen los “seres vivientes” describen los favores espirituales, obviamente que se trata de alguien importante, para nosotros bastaría con que se nos diga que se trata de Dios para inferir esto,

pero la descripción de Juan no hace más que acentuar esta verdad por todos nosotros conocida.

LA PROMESA DEL QUE ESTÁ SENTADO EN EL TRONO.

El mismo del que se habla en el capítulo cuatro es aquel que en Apocalipsis 20:11 se dice que está sentado en un gran trono blanco, un trono representa un asiento de dominio, de poder. Con esta breve información nos podemos dar una idea del mensaje que entraña Apocalipsis 21:5:

«Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Y me dijo: Escribe; porque estas palabras son fieles y verdaderas.»

En los versículos anteriores a este encontramos promesas entre las que podemos resaltar que cuando estemos con Dios y en el lugar que el nos tiene preparados, allí no *«habrá muerte, ni habrá llanto, ni clamor, ni dolor»* (Ap. 21:4), en estas breves palabras describe los males que abaten a la humanidad y el lugar del que habla es el que todos hemos soñado. Ahora pensemos en los primeros lectores, aquellos de los que hablé en un inicio ¿qué sintieron cuando escucharon esta promesa en su propio idioma?, ¡sí, en griego!...

Pero todavía más cosas de las que podamos emocionarnos se encuentran en Apocalipsis 21:5, la primera de ellas es que Juan atribuye las palabras de tal verso al que está sentado en el trono, no se trata de un representante, no es un ángel el que habla, mucho menos son las palabras de Juan las que infieren esto, él escuchó al mismo Dios decir: *“yo hago nuevas todas las cosas”* además le ordenó: *“Escribe”*, después mientras le dictaba explicó la naturaleza de las palabras anteriores, y dijo: *“porque estas palabras son fieles y verdaderas”*. Esta declaración se asemeja a: ¡las voy a cumplir! Eso es lo que significa, que Dios va a cumplir lo que promete, está su palabra de por medio, su propia voz es el sello, así que no me puede decir que tales palabras no le emocionan, recuerde por favor la descripción que se hizo de Dios en el capítulo cuatro, también el poder que él tiene, para Dios no es imposible cumplir una promesa, está en su naturaleza el ser creador.

Este como otros pasajes de Apocalipsis, si ponemos un poco de nuestra imaginación estaremos de acuerdo en que haber escuchado cuando Dios lo dijo debió ser sorprendente, no sé cuál fue el tono que usó, desconozco además otras cosas, pero Juan registró una promesa que se hará realidad algún día, la cual los primeros creyentes hicieron suya, como tú y yo debemos hacerla nuestra, ¡sí!, él un día hará nuevas todas las cosas, ¿por qué lo afirmo? Porque fue el mismo Dios el que lo dictó.